

Ransom Riggs

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
===== PARA =====
NIÑOS PECULIARES
===== 3 =====

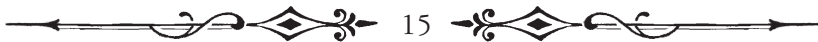
LA BIBLIOTECA DE ALMAS

Traducción de Julia Alquézar y Rosa María Sanz Ruiz



UNO

El monstruo estaba a menos de una lengua de distancia, con los ojos clavados en nuestras gargantas y su cerebro marchito lleno de fantasías de asesinato. En el ambiente pesaban sus ansias por devorarnos. Los huecos nacen con sed de almas de peculiares, y ahí estábamos nosotros, colocados como si fuéramos un bufet: Addison, que es del tamaño de un bocado, defendía el terreno con valentía, a mis pies y con la cola en tensión; Emma se había apoyado en mí, pues aún seguía demasiado aturdida por la explosión para crear una llama mayor que la de una cerilla, y los tres teníamos la espalda pegada a la cabina de teléfono. Más allá de nuestra desalentadora estampa, la estación del metro parecía un club nocturno donde hubiera estallado una bomba. El vapor salía de las tuberías reventadas silbando y formaba cortinas espectrales. Las pantallas colgaban rotas del techo. Los cristales hechos añicos se habían esparcido por todas partes y destellaban con las luces de emergencia como una bola de discoteca de media hectárea de extensión. No teníamos escapatoria: estábamos atrapados entre una pared y un cristal que nos llegaba hasta la mitad de las piernas y solo nos separaban un par de zancadas de una criatura cuyo único instinto natural era desmembrarnos y que, pese a ello, no hacía ademán alguno de acercarse. El monstruo parecía clavado al suelo, se balanceaba sobre los talones, como un borracho o un sonám-



bulo, y su cabeza colgaba inerte, con las lenguas inmóviles, como un nido de serpientes que se hubiera dormido gracias a un encantamiento.

Y era yo quien había hecho eso. Jacob Portman, un donnadie de Ninguna Parte, Florida. Si ese horror surgido de la oscuridad y de pesadillas infantiles no nos estaba matando era porque le había pedido que no lo hiciera. Le había dicho claramente que desenroscara su lengua de mi cuello. «Retrocede», le había pedido. «Quieto», le había ordenado después, en un idioma de sonidos que una boca humana no debería poder pronunciar; y milagrosamente el monstruo me había obedecido, desafiándome solo con la mirada. De algún modo, había domado a esa pesadilla, le había lanzado un hechizo. Pero aquello que está dormido puede despertarse, y todos los hechizos pierden su fuerza, especialmente los lanzados por accidente, y bajo aquel espejismo de tranquilidad notaba que el hueco bullía por liberarse.

Addison me dio un empujoncito en la pantorrilla con el hocico.

—Llegarán más wights. ¿Nos dejará pasar esa bestia?

—Vuelve a hablar con él —dijo Emma, con voz temblorosa y vaga—. Dile que se vaya a freír espárragos.

Busqué las palabras adecuadas, pero no las encontraba.

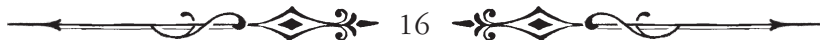
—No sé cómo hacerlo.

—Pero si acabas de hablar con él —dijo Addison—. Parecías poseído por un demonio.

Hace un minuto, antes de saber que podía hacerlo, las palabras habían llegado sin más y solo había tenido que abrir la boca. Sin embargo, ahora que volvía a necesitarlas, se me escapaban de entre las manos como un pez resbaladizo. Cada vez que llegaba a tocar una, se alejaba de mi alcance.

«¡Márchate!», grité.

Pero la palabra salió en lenguaje humano. El hueco no se movió.



ymbryne por quien casi habíamos dado la vida, en un viaje a toda velocidad por las tripas de Londres hacia un destino peor que la muerte. «Ya es demasiado tarde», pensé. Era demasiado tarde desde el momento en que los soldados de Caul entraron en tromba en el escondite helado de Miss Wren.

Era demasiado tarde desde la noche en que confundimos al malvado hermano de Miss Peregrine con nuestro querido pájaro. Pero me juré a mí mismo que encontraríamos a nuestros amigos y a nuestra ymbryne, por muy alto que fuera el precio que tuviéramos que pagar y aunque solo pudiéramos recuperar sus cadáveres o acabáramos añadiendo nuestro cuerpo al montón.

En alguna parte de la negra oscuridad había una salida a la calle. Una puerta, una escalera, normal o mecánica, en la pared más lejana. Pero ¿cómo podíamos llegar hasta allí?

«¡Lárgate de aquí de una maldita vez!», grité al hueco, en un último intento.

Lenguaje humano, naturalmente. El hueco gruñó como una vaca pero no se movió. Todo fue en vano. Las palabras habían desaparecido.

—Plan B —añadí—. Esa cosa no me va a escuchar, así que tendremos que rodearla, esperemos que no se mueva.

—¿Rodearla por dónde? —quiso saber Emma.

Para evitarlo, tendríamos que atravesar montones de cristales, pero los vidrios rotos harían trizas las pantorrillas desnudas de Emma y las patas de Addison. Sopesé las alternativas: podía llevar al perro a cuestras, pero seguía sin saber qué hacer con Emma. Podía, también, buscar un trozo de cristal en forma de espada y apuñalar a esa cosa en los ojos, una técnica que me había servido en el pasado; ahora bien, si no conseguía matarlo con el primer golpe, sin duda se despertaría y nosotros acabaríamos muertos. La única otra forma de escapar era por un

pequeño espacio libre de cristales entre el hueco y la pared. Pero era estrecho, de poco más de medio metro tal vez. Sería difícil pasar aunque pegáramos la espalda a la pared. Me preocupaba que, si nos acercábamos tanto al hueco o, aún peor, si lo tocábamos por accidente, se rompiera el frágil trance que lo mantenía a raya. Sin embargo, a menos que pudieran crecernos alas para volar sobre su cabeza, esa parecía nuestra única opción.

—¿Puedes caminar un poco? —pregunté a Emma—. ¿O al menos cojear?

Juntó las rodillas y se soltó de mi cintura, para comprobar si podía sostener su peso.

—Puedo cojear.

—Bien, pues esto es lo que vamos a hacer: pasaremos a su lado, de espaldas a la pared, por ese espacio de ahí. Es estrecho, pero si tenemos cuidado...

Addison vio a qué me refería y se encogió en la cabina telefónica.

—¿Crees que deberíamos acercarnos tanto?

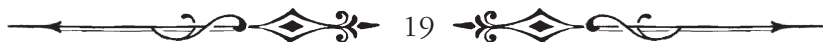
—Probablemente, no.

—¿Y si se despierta mientras estamos...?

—No lo hará —dije, con confianza fingida—. Pero no hagáis ningún movimiento brusco... y, sobre todo, no lo toquéis.

—Ahora tú eres nuestros ojos —dijo Addison—. Que los pájaros nos protejan.

Elegí un largo trozo roto de cristal del suelo y me lo guardé en el bolsillo. Nos acercamos a la pared, apretamos la espalda contra los azulejos y empezamos a movernos pasito a pasito hacia el hueco. Sus ojos siguieron nuestros movimientos. Al cabo de unos pocos pasos cautelosos, nos envolvió un tufo a hueco tan repugnante que se me saltaron las lágrimas. Addison tosió y Emma se tapó la nariz con la mano.



y se aferró a mi brazo con todas sus fuerzas. Me armé de valor para lo que estaba a punto de ocurrir: sus lenguas, sus dientes, el fin.

«Retrocede, Retrocede, Retrocede.»

Humano, humano, humano.

Pasaron unos segundos durante los cuales, para mi sorpresa, no fuimos asesinados. No obstante, a juzgar por cómo su pecho subía y bajaba, la criatura parecía haberse vuelto a quedar de piedra.

A modo de experimento, me deslicé por la pared. El hueco me siguió girando levemente la cabeza: con la mirada clavada en mí como la aguja de un compás; su cuerpo estaba en perfecta sincronía con el mío, pero no fue más allá, no abrió sus fauces. Si el hechizo que había lanzado se hubiera roto, ya estaríamos muertos.

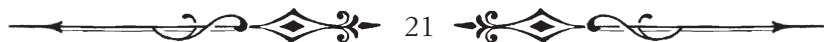
El hueco solo me miraba a mí. Esperaba instrucciones que yo no sabía dar.

—Falsa alarma —dije, y a Emma se le escapó un sonoro suspiro.

Conseguimos salir de aquel angosto espacio, nos separamos de la pared y salimos corriendo tan deprisa como nos permitía la cojera de Emma. Cuando pudimos poner cierta distancia entre nosotros y el hueco, miré hacia atrás. El monstruo se había dado la vuelta para mirarme.

«Quieto —murmuré en humano—, bien.»

Pasamos a través de una cortina de humo y vimos las escaleras mecánicas, detenidas porque la electricidad estaba cortada. Hasta ellas llegaba el resplandor de la luz del día, una seductora promesa del mundo de la superficie. El mundo de los vivos, el mundo del presente. Un mundo en el que tenía padres. Estaban allí, ambos, en Londres, respirando el mismo aire que yo. A un paseo de distancia.



«Hola, ¿qué tal?»

Impensable. Y lo que era más increíble todavía: no hacía ni cinco minutos que le había contado todo a mi padre.

La versión abreviada, al menos: «Soy como el abuelo Portman. Soy peculiar». Aunque no lo entendieran, ahora, al menos, lo sabían. Así mi ausencia ya no parecería tanto una traición. Todavía podía oír la voz de mi padre, que me suplicaba que volviera a casa. Mientras caminábamos sin fuerzas hacia la luz, tuve que luchar contra un repentino y vergonzoso deseo de soltar el brazo de Emma y correr al exterior: escapar de aquella oscuridad asfixiante, reunirme con mis padres, pedirles perdón y, por fin, meterme en la cama del hotel pijo y dormirme.

Pero eso era absolutamente impensable. Nunca podría hacerlo: quería a Emma, se lo había dicho, y por nada del mundo la dejaría atrás. Y no precisamente porque fuera noble, valiente o caballeroso.

No soy ninguna de esas cosas. Temía que dejarla atrás me partiera por la mitad.

Y los demás, los demás... Nuestros pobres y desdichados amigos. Teníamos que ir a buscarlos, pero ¿cómo?

Ningún tren había entrado en la estación desde que se había marchado el que se los había llevado, y después de la explosión y de los disparos que habían sacudido el lugar, estaba seguro de que no vendría ningún otro. Eso nos dejaba con dos opciones, ambas terribles: seguirlos a pie por los túneles, con la esperanza de no encontrarnos con ningún otro hueco, o subir por las escaleras y hacer frente a lo que fuera que nos encontráramos allí, probablemente una brigada de limpieza, y después reagruparnos para reevaluar la situación.

Yo sabía qué opción prefería. Estaba harto de la oscuridad, y aún más de los huecos.



—Subamos —dije, animando a Emma a ir hacia las escaleras mecánicas—. Encontraremos un lugar seguro donde planear nuestro siguiente movimiento, mientras recuperamos fuerzas.

—¡Ni hablar! —dijo ella—. No podemos abandonar a los demás. Da igual cómo esté yo.

—No vamos a abandonarlos. Pero debemos ser realistas. Estamos heridos e indefensos, y probablemente los demás estarán ya a varios kilómetros de distancia, fuera del metro y a medio camino de alguna otra parte. ¿Cómo se supone que vamos a encontrarlos?

—Igual que te encontré a ti —dijo Addison—. Con mi nariz. Las personas peculiares desprenden un aroma propio, ya verás, un olor que solo los perros como yo podemos identificar. Y da la casualidad de que vosotros sois un grupo de peculiares con un olor particularmente poderoso. El miedo lo aumenta, creo, y pasar varios días sin ducharse...

—¡Pues vayamos tras ellos! —propuso Emma.

Tiró de mí hacia las vías con una sorprendente explosión de fuerza. Aun así, me resistí al tira y afloja de nuestros brazos entrelazados.

—No, no. Es imposible que los trenes sigan circulando, y si intentamos ir allí a pie...

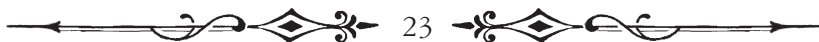
—No me importa que sea peligroso. No pienso abandonarlos.

—No es solo peligroso, es que no tiene sentido. Se han ido, Emma.

Se soltó de mi brazo y empezó a cojear hacia las vías, pero tropezó y tuvo que hacer un esfuerzo por no caerse.

«Di algo», articulé con los labios a Addison, que la rodeó para detenerla.

—Me temo que el chico tiene razón. Si seguimos a pie, el olor del rastro de nuestros amigos habrá desaparecido mucho antes de que podamos encontrarlos. Incluso mis finas habilidades tienen sus límites.



Emma miró el túnel y luego a mí; la expresión de su cara revelaba una lucha interior. Le tendí la mano.

—Por favor, ven conmigo. Eso no significa que vayamos a rendirnos.

—De acuerdo —acabó aceptando ella—. Está bien.

Pero justo cuando nos encaminábamos hacia las escaleras mecánicas, alguien gritó desde la oscuridad, desde las vías:

—¡Estoy aquí!

La voz era débil, pero familiar y con acento ruso. Era el contorsionista. Tras escudriñar la oscuridad, solo conseguí discernir su silueta desplomada junto a los raíles y un brazo levantado. Le habían disparado durante la trifulca, y yo había dado por supuesto que los wights lo había metido en el tren con los demás. Y, sin embargo, allí estaba, saludándonos.

—¡Sergei! —exclamó Emma.

—¿Lo conoces? —dijo Addison, suspicaz.

—Era uno de los refugiados peculiares de Miss Wren —respondí yo, mientras llegaba a mis oídos el sonido de sirenas lejanas desde la superficie. Se avecinaban problemas... Tal vez problemas disfrazados de ayuda, y me preocupó que nuestra mejor oportunidad de una huída rápida se estuviera esfumando. Pero claro, no podíamos dejarlo sin más.

Addison se escabulló hacia el hombre, esquivando las zonas donde había más cristales. Emma me permitió volver a cogerla del brazo y corrimos tras el perro. Sergei estaba tumbado de costado, cubierto de cristales y de sangre. La bala lo había alcanzado en algún órgano vital. Sus gafas de alambre estaban rotas, y él intentaba ajustárselas para poder verme bien.

—Es un milagro, un milagro —dijo con un hilo de voz—. Te he oído hablar en lengua de monstruo. Es un milagro.

podíamos escabullirnos por los túneles sin llamar la atención..., pero Addison, el muy terco, no se movía.

—Vamos —susurré.

—Son conductores de ambulancia y este hombre necesita ayuda —dijo en voz lo suficientemente alta como para que los hombres levantaran las linternas y las dirigieran hacia donde estábamos nosotros.

—¡Quedaos donde estáis! —exclamó uno de los hombres, desenfundando una pistola, mientras el otro echaba mano a su walkie-talkie.

Dos cosas sucedieron rápidamente. En primer lugar, cuando estaba a punto de dejar caer al contorsionista en las vías y saltar tras él con Emma, se oyó el ruido de una bocina que provenía del túnel, y un solo foco delantero nos deslumbró. La ráfaga de aire rancio pertenecía a un tren, que seguía en marcha, no sabía cómo, a pesar de la explosión. En segundo lugar, un doloroso retortijón en las tripas me anunció que el hueco se había liberado y avanzaba hacia nosotros. En cuanto lo sentí, también lo vi, atravesando una cortina de humo, con la boca negra abierta y las lenguas azotando el aire.

Estábamos atrapados. Si corríamos hacia las escaleras, nos dispararían y nos aniquilarían, pero si saltábamos a las vías, moriríamos aplastados por el tren. Y tampoco podíamos escapar a bordo de este porque tardaría al menos diez segundos en parar, doce en cerrar las puertas y diez más en volver a cerrarlas, y para entonces habrían tenido tiempo de matarnos en tres ocasiones. Entonces, hice lo que suelo hacer cuando me quedo sin ideas: miré a Emma. La expresión abatida de su rostro denotaba que comprendía lo desesperado de nuestra situación, y el gesto rígido de su mandíbula indicaba que pensaba actuar de todos modos. Solo cuando ella avanzó tambaleándose, con las palmas extendidas, recordé que no podía ver al hueco, e intenté decírselo, cogerla, detenerla, pero no me salieron las palabras y no

podía agarrarla sin soltar al contorsionista; de inmediato, Addison se puso a su lado, ladrando al wight mientras Emma intentaba sin éxito crear una llama: chispas, chispas y nada más, como un encendedor sin gas.

El wight se echó a reír, amartilló su pistola y apuntó a Emma. El espíritu hueco corrió hacia mí, aullando como contrapunto del chirrido de los trenes detrás de mí. Entonces supe que el fin había llegado y que no podía hacer nada para detenerlo. En ese momento, algo en mi interior se relajó y, al hacerlo, el dolor que sentía siempre que un hueco estaba cerca casi se desvaneció. Era como un quejido muy agudo, y conforme se callaba, descubrí oculto otro sonido, un susurro en el límite de la conciencia.

Una palabra.

Me zambullí en mi interior para encontrarla. La agarré con ambos brazos. Cogí impulso y la grité con la misma fuerza que un lanzador de béisbol. «A él», le dije en una lengua que no era la mía. Solo dos sílabas con una enorme carga de significado. En cuanto salieron de mi garganta, el resultado fue instantáneo. El hueco dejó de correr hacia mí —se detuvo en seco, patinando sobre sus pies—, después se volvió bruscamente hacia un lado y soltó una lengua que voló sobre el andén y dio tres vueltas alrededor de la pierna del wight. Tras perder el equilibrio, lanzó un disparo que rebotó en el techo; a continuación, el hueco lo puso boca abajo y lo lanzó al aire, mientras el wight se desgañitaba.

Mis amigos tardaron un momento en darse cuenta de lo que ocurría. Mientras miraban boquiabiertos y el otro wight gritaba por su walkie-talkie, oí que las puertas del tren se abrían detrás de mí.

Era nuestra oportunidad.

—¡Vamos! —grité, y mis amigos me obedecieron.



Emma corrió a trompicones, con Addison pegado a sus pies, mientras yo intentaba meter al larguirucho contorsionista por las puertas estrechas. Una vez que todos conseguimos cruzar el umbral, caímos juntos sobre el suelo del vagón del tren.

Sonaron más detonaciones, y el wight disparó al hueco a ciegas. Las puertas se cerraron a medias y volvieron a abrirse.

—Despejen las puertas, por favor —dijo la alegre voz de una grabación.

—¡Sus pies! —dijo Emma, señalando las largas piernas del contorsionista, cuyos dedos del pie entorpecían el cierre de las puertas. Como pude, aparté las extremidades del hombre, y en los segundos interminables antes de que las puertas volvieran a cerrarse, el wight, preso del espíritu hueco, disparó algunas veces más hasta que este se cansó de él y lo lanzó contra la pared; cayó al suelo y se quedó hecho un guiñapo inmóvil.

El otro wight se dirigió corriendo a la salida. «A él también», intenté decirle, pero era demasiado tarde.

Las puertas se cerraban y el tren empezó a moverse con una brusca sacudida.

Miré a mi alrededor y di las gracias porque el vagón en el que habíamos caído estuviese vacío. ¿Qué habría pensado la gente normal de nosotros?

—¿Estás bien? —pregunté a Emma. Estaba sentada, jadeando, y me miraba con intensidad.

—Gracias a tu ayuda —me dijo—. ¿De verdad has conseguido que el hueco hiciera todo eso?

—Creo que sí —respondí, sin dar crédito yo mismo.

—Alucinante —apostilló en voz baja. No estaba seguro de si estaba asustada, impresionada o ambas cosas.